

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. portres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. portres meses para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

UN SUEÑO EN PARIS.

El Teatro y el Cementerio.

Son los sueños en general una prueba del estado moral ó físico del individuo, y todo el mundo sabe, porque no hay nadie que alguna vez no haya soñado, que se ofrecen á nuestra contemplacion las mas extravagantes imágenes; que nos representan escenas, unas veces halagueñas y seductoras, otras tranquilas y apacibles y muchas terribles y aterradoras.

Rara vez los sueños, sin embargo, dejan de reconocer una causa real y positiva; una impresion de alegría ó de dolor nos hace soñar; las enfermedades lentas y consumidoras lo mismo, el desarrollo de una pasion nos produce vértigos, insomnios y tras de esto sueños agitados.

Las impresiones profundas en las constituciones débiles y sensibles es casi seguro, indispensable, que les produzcan sueños, que son mas ó menos duraderos cuanto mas fantástica y mas ardiente es su imaginacion; yo tenia veinte años, y á esta edad siempre se sueña; pero yo con mas frecuencia que cualquiera, porque sueño hasta despierto, y cuando esto me sucede soy dichoso, son los ratos de felicidad de mi vida. Y no creo ser yo solo, porque hay muchos que se entregan en brazos de sus ilusiones; quien se imagina verse rodeado de una suprema grandeza, revestido de un poder sobrenatural, elevado á la altura de un Dios, disponiendo de la creacion entera y realizando hasta sus mas extravagantes caprichos: quien otro que piensa que alhagado por la veleidosa fortuna, lo elige como á su hijo favorito y lo lanza á lo mas incomprensible de las glorias humanas, donde todos los hombres le queman incienso y esperan ansiosos una de sus miradas: en estas ocasiones el soñar es un goce, quizás de los mas santos é inocentes, y es por decirlo asi, uno de los privilegios del pensamiento; pero otras por el contrario, se imagina una persona verse rodeada de peligros; se estremece al menor ruido, se retratan en su mente las mayores calamidades en que se presentan como héroe; unas veces pensando si

llegarán á verse pobres, escarnecidos, lanzados fuera del seno de la sociedad, tal vez calumniados, víctimas de la maldad ó de la perfidia; quizás se figuran arrastrados al crimen, ó bien en el último trance que en la vida humana puede acometer á un hombre y se figuran cuanto harian en un lance tan critico; en fin, entonces se nos arde la cabeza, la sangre se agolpa á nuestro corazon batiéndolo con violencia, no somos dueños de nosotros mismos y esto es un padecimiento inesplicable é incomprensible para los que alguna vez no lo hayan experimentado; esto es una enfermedad: los primeros pierden la razon aunque sea momentáneamente, los segundos la tienen enfermiza.

Muchos sufren segun sus interiores afectos estas dos clases de vértigos, y de este número soy yo; soñé una vez, soñé no despierto sino dormido, y por lo raro del sueño quiero contarlo.

En un dia de los que deliciosamente pasé durante mi estancia en París, fué en el que por primera vez visité el cementerio del P. Lachaise y el teatro de la Academia real de música. Las dos cosas, por su estilo cada una, soberbias y grandiosas; pero consideradas las dos con pocas horas de intervalo, ofrecen para un alma pensadora el mas extraño contraste y prestan motivo para las mas filosóficas reflexiones.

Un teatro y un cementerio son dos mansiones bien diferentes; en el uno se presentan las escenas de la sociedad; en el otro sus frios mármoles ofrecen la imagen de la inanimada eternidad; en éste todo es animacion y alegría, en aquel todo luto y tristeza, y aquí, la lira, la máscara y el puñal; en aquel el buho, la urna cineraria y las coronas de siemprevivas; en el uno las galas y la ostentacion, en el otro el cipres y el sáuce, en este la vida de un cuerpo agitado por las pasiones y la mentira, en aquel la muerte con su palidez y su inmutable verdad.

Pero de todos los cementerios, el llamado del P. Lachaise en Paris es el que mas poesia encierra; parece que el romanticismo lo ha escogido para su mansion, para su postrerasilo viéndose desdeñado del mundo en este siglo de números y de movimiento. Siempre el género humano experimenta alguna emocion al penetrar en los silenciosos lugares donde reposan sus ascendientes y donde precisamente

ha de pensar y decir. «*Aquí vendré yo.*» Pero además ocurren reflexiones amargas sobre la vida, sobre el pasado, el presente y el porvenir; considera la existencia como una perinola á quien la inocente mano de un niño ha dado impulso, y que gira gallarda y zumbadora en dilatados círculos hasta que debilitados sus movimientos comienzan á concentrarse y espira quizás no lejos del punto de partida. Esta imagen reasume brevemente los periodos de nuestra carrera. La perinola como la vida comienza con orgullo, salva los obstáculos que se oponen á su paso y concluye como aquella de consunción, en la decrepitud. También alguna vez en su cólera otro niño la apaga de un golpe cuando mas rápidas son sus vueltas, en su lozanía puede decirse, á semejanza de la muerte que siega muchas veces fuera del orden natural la mas bella flor de la vida. Pensando así, casi se abjura de los engaños del mundo, se mira claro y se siente conmovida el alma al extremo de desear, llegue lo mas brevemente posible su eterno descanso. Pero dejando aparte estas consideraciones que engendran mal humor, aunque sin embargo casi son inherentes al espectáculo, y volviendo á nuestro cementerio, fuerza es decir que aquella verdadera *Necropolis*, es tan interesante bajo ciertos aspectos como una populosa ciudad de vivos: como estas tiene sus calles, sus paseos y plazas, y si bien se admiran los bellísimos monumentos de mármol, bronce ó granito que conservan las cenizas del banquero ó del magnate, no por eso despierta mas simpatías que la modesta tumba que sin elevarse del suelo y cubierta de una tosca losa, ostenta una cruz regado su pedestal de lágrimas. Allí á lo menos la mujer que perdió un esposo ó la madre que quiera orar sobre los restos de su hijo puede hacerlo no solo sin el inconveniente de aspirar mefíticos vapores, sino por el contrario entre deliciosos aromas, experimentando el placer de contemplar á sus amigos ó parientes enterados en un jardín ameno, y donde acude á considerar como la rosa que dobla su tallo sobre la sepultura, parece acompañarla en su dolor y como nace, crece y se deshoja juntando sus despojos con los del que yace allí.

Como es natural, en este cementerio se ven reunidos monumentos funerarios que espresan el dolor de las familias, bajo las formas mas grandiosas, raras, sencillas y hasta ridículas; que de todo se encuentra. Aquí un templo como nos pintan los de la antigüedad con su pórtico, su nave y su altar; mas allá un sarcófago; acullá un elevado obelisco, y otro en fin que no aparece cubierto mas que por un monton de piedras. Las alegorias, los emblemas y los atributos que las decoran, espresan en algunos pensamientos tan bellos y tan poéticos que revelan mucho mas de lo que pudieran todas las inscripciones mas estudiadas; una lira rota, dos manos cogidas, una simple corona ó los juguetes de un niño cerrados en una urna trasparente, dan á conocer sin necesidad de mas esplicaciones, la calidad de la persona, sus aficiones y sus tareas ú

ocupaciones favoritas. Un sitio hay dedicado exclusivamente para los españoles, que se llama así: *Isla de los españoles*. En la que existen los restos de muchos hombres notables, y entre ellos el de nuestro célebre don Leandro Fernandez Moratin. No lejos de éste, aunque en otro sitio fuera de la isla, reposan las cenizas del tambien célebre Moliere y de la Fontaine. Los sepulcros de estos hombres eminentes, del primero que como español mas despertaba nuestras simpatías y mas grandes, al considerar que ahora que nos preciamos de honrar las letras, tenemos aun abandonado en suelo extraño al regenerador de nuestro teatro; y del segundo que como el mérito debe de apreciarse donde quiera que se encuentre, no podia menos de tributar mi respeto á la última morada de aquel que como actor y autor, regeneró tambien y con anterioridad á nuestro Moratin el teatro francés, fué una de las cosas que mas afectaron mi espíritu, sin hacerme dueño de reprimir la comparacion que entre ambos establecia mi mente de entre todos los hombres notables que descansan en aquel vastísimo campo.

El cementerio tiene su plano topográfico; para no perderse se necesita del ausilio de un guia y tiene tambien su portero, conserje ó guarda muertos; que es el rey absoluto de aquella, aunque ridicula monarquía de estensa é ilustre poblacion.

Yo casi con deseos de morirme y en lo mas vivo afectado, me sali del cementerio, y fui para distraerme al gran teatro de la opera. En esta el ruido, el estrépito de la orquesta, los vibrantes ecos de los cantantes, el lujo de la concurrencia, la belleza de las damas, y los mil encantos y seducciones que reúne, solo sirvieron para afectarme y entristecerme mas, comparando lo que somos y lo que llegaremos á ser.

Tales ideas y tan opuestas, las diversas sensaciones que durante todo aquel dia habia experimentado y el cansancio natural del que arrancado á las delicias de una vida pacífica y poltrona, se encuentra por necesidad y como á su pesar, lanzado en otra de movimiento continuo y actividad abrumadora, me constituyeron cuando me retiré á mi casa física y moralmente en un estado lamentable. Me dolía la cabeza, estaba mareado y casi no podia mantenerme de pie; cuando divisé las cortinas de mi lecho me pareció se aliviaba mi corazon de un peso grandísimo, y todo lo mas de prisa que me fué posible me dispuse á gozar de sus dulzuras.

Pero cuántas veces se engaña el hombre en sus juicios! cuántas veces donde piensa hallar el descanso encuentra solo tormentos; donde amor y cariño, desengaños; donde agradecimiento, ingratitud! Esto me sucedió á mí.

Quería dormir y dormí en efecto, pero un sueño extraño y basado en lo que en el discurso del dia me habia impresionado, me fatigó por espacio de mas de una hora hasta que desperté molido, con el pecho oprimido, sudoroso y de tal manera aplomado, que fué preciso incorporarme en la cama,

restregar un fósforo para encender luz, beber agua y echarme aire con un abanico para refrescar mi cabeza; procuré entonces recoger mis ideas que estaban como quien dice en dispersion, y organizadas algun tanto, á lo menos de aquello que menos confusamente pude acordarme, y sin poder recordar de nuevo un reposo sosegado, tomé la pluma, y he aquí lo que con ayuda de mi memoria, trazó rápida y precipitadamente.

MI SUEÑO.

Era de noche, y escitado por una fuerza sobrenatural habia encaminado mis pasos, me encontraba ya dentro del cementerio del P. Lachaise: la oscuridad y el silencio que reinaba; el viento que aunque suave mecía las copas de los árboles que al doblar sus ramas parecían otros tantos gigantes que querían entre sus brazos arrebatarme; las sombras de los monumentos que se dibujaban entre millares de luces fósforicas, que velozmente corrían por el suelo ó coronaban los intersticios de alguna urna; el graznido de un murciélago que al pasar batiendo sus alas junto á mí me derribó el sombrero, y el chillido de las lechuzas, me fueron poco á poco infundiendo una pavor considerable. Una detonacion que oí á mi lado, sin duda producida por las impresiones atmosféricas en la madera ó en el mármol de alguno de los sarcófagos ú obeliscos, acabó de cortar la circulación de la sangre por mis venas; temblaba y no era de frio; gota á gota caía el sudor de mi frente y no era de calor; me llegué á pensar con fundamento si seria de miedo; pero cuando me convencí de ello, fué cuando quise retroceder y no pude, intenté correr y las piernas se negaron á contribuir á mi designio, y dando en tierra con mi apereginada humanidad, no me quedaba otro recurso que el de gritar, pero se ahogaba antes de salir la voz de mis labios.

En semejante situacion sin poder ni gritar ni huir, decidí valerosamente el quedarme y sufrir con resignacion lo que sobreviniera; y en efecto no tardé en poder considerar las mas espantosas visiones. Los cadáveres se levantaban de sus tumbas, miraban en derredor de sí como si temieran que los observasen, y se lanzaban de un salto fuera de ellas; á la voz de uno todos obedientes se congregaron, y se dirigieron procesionalmente hácia uno de los sitios mas elevados y oscuros del cementerio. De allí á poco no vi nada; el temor de que me descubrieran y que me encerráran vivo en alguna de las sepulturas, oscurecía mi vista, y me privó de sentido hasta que lo recobré en los yertos brazos de una de aquellas figuras.

—¿Qué vienes á hacer aquí? me preguntó.

—Venía á rezar, señor, le respondí con exánime acento.

—A estas horas?

—Venía á pedir por el ánima de uno de de mis compatriotas.

—Pues qué, no eres francés?

—No, señor, contestaba yo medio muerto; soy español.

—Y á quién buscas? ó qué temías cuando te recogí del suelo donde estabas tendido?

—Señor, seria.....

—Vamos tranquilízate, no temas nada; qué era?

—Eso precisamente, señor; miedo. Al penetrar aquí vi tanta gente que se movía y que andaba.....

—Y eso te asustó?

—Eso.

—Pues es que tambien nosotros paseamos por este jardin.

—Ya lo veo y casi no lo creo.

—Y cuál es tu oficio en el mundo?

—Señor, mi oficio no es oficio, yo soy ó quiero ser....

—Qué?

—Escritor.

—Cómo! escritor? y de qué escribes?

—Yo de todo; estoy á lo que sale.

—Cómo de todo? pues habrás estudiado mucho, serás un sábio.

—No tal, señor; dije calmándose ya un poco mi terror al ver que entraba conmigo en conversacion; hoy escribe todo el mundo, yo he sido muy holgazán, y por no estudiar me he echado á escritor.

—Pues es raro.

—No señor, si á muchos sucede lo mismo.

—Pero aun no me has dicho á quien buscas.

—Es cierto, busco la tumba de don Leandro Fernandez Moratin, mi paisano, á quien admiro por sus obras.

—Oh! con qué conoces sus obras?

—Un poco.

—Pues creo que son dignas de conocerse mucho.

—Si señor; y creyéndolo así las estudio ahora con entusiasmo, como tambien las de Cervantes y algunas de otros autores como de Racine y Moliere: es vd. literato? le pregunté casi tranquilo ya al considerarle tan pacífico.

—Yo no soy ya mas que un habitante de este cementerio, pero cuando mi ánima andaba por el mundo era aficionado á la literatura.

—Pues esa es una de sus plagas; los aficionados, contesté yo.

Hablando de esta suerte llegamos á una espesura de árboles, desde la cual se distinguía un grupo de difuntos que se conocía por la rapidez de sus ademanes que discutían acaloradamente.

—Repito á vd. que sin todas las unidades que prescribe Aristóteles para la comedia, no puede haber obra perfecta, decia uno.

—Ese que habla es Moratin, el que tú buscas, me dijo el que me levantó del suelo.

—Bien, calle vd., quiero escucharlos.

—Así era antiguamente; pero ahora ya es distinto.

—Los modernos acomodan las reglas á las necesidades de sus dramas; contestó otro.

—Ese es un español tonto recién venido á la isla, enterrado en este cementerio por la casualidad de haberse muerto en París; me dijo mi ánima amiga, presume de literato; pero no es mas que un pedante.

—Como ese hay muchos, contesté yo.

—Pues es un abuso intolerable.

—No lo es tal.

—Vd. no lo entiende.

—Cómo, yo?

—Señores, interrumpió otro mas gravemente, y que en lo amojamado descubria ser mas antiguo,

Dejemos eso y que nos cuente don Leandro la historia de su vida, que vds. no la sabrán

—Ese, ese que habla ahora es el amigote de Moratin aquí, y nuestro grande hombre el célebre Moliere.

—Si, si, repitieron los demas.

—No haré yo tal; á instancias de vd. se la conté cuando me refirió la suya y le di mis obras; pero nunca es uno de si mismo su mas imparcial y exacto litógrafo.

—Pues lo haré yo, y con eso vd. rectificará aquello en que padezca equivocacion.

—En ese caso, tambien denunciaré á estos señores la de vd. que me es bien conocida, combinando lo que de ella he leído y lo que vd. mismo me ha contado.

—Sea en buen hora; como vd. guste.

—Pues comience vd., dijo Moratin.

—No, vd. tiene la palabra.

—Señores, contestó un tercero; que no pueda decirse de nosotros que desterrados del mundo conservamos aun sus etiquetas y preocupaciones.

—Seguramente; comenzaré yo el primero, que en galantería y franqueza los españoles lo somos tambien.

MOLIERE Y MORATIN.

—Ciento treinta y ocho años antes que yo, es decir, el de 1622, abrió en el mundo sus ojos este señor, Mr. Juan Bautista Poquelin, conocido despues por el pseudónimo de Moliere, hijo de una familia honrada de que era cabeza un tapicero y adornista de cámara de S. M.

—Es exacto; mi origen honrado, aunque modesto no reconoce como el de vd. el de un padre que se hubiese con sus producciones conquistado un nombre y distinguido lugar en la comunión de las letras, dijo Moliere.

—El autor de sus dias, continuó Moratin, que habia alcanzado con su trabajo una decorosa medianía, educaba á su hijo convenientemente á sus proyectos, que eran encaminados á que le sucediese en el taller; de manera que á la edad de catorce años, toda su educacion literaria en saber leer y escribir consistia, hasta que su abuelo materno, que descubrió el primero su afición al teatro, al que con frecuencia le llevaba, consiguió que ingresase como alumno esterno en un colegio que

estaba bajo la direccion de los jesuitas. A su salida del colegio, debió reemplazar á su padre, muy cansado ya por su avanzada edad, pero en vez de esto fuese á Orleans, donde aprendió el derecho y se hizo recibir de abogado. Despues, como sin duda no era esta la senda de su destino, volvió á París, donde dejándose llevar de sus inclinaciones y de su decidido gusto por el teatro, se puso á la cabeza de una compañía de jóvenes aficionados, que mas tarde fueron actores de profesion. Entonces fué cuando se emancipó de su familia, rompió con ella y renunció hasta su apellido de Poquelin, adoptando como propio el de Moliere. Aquí ya le tenemos hecho cómico.

—En eso, replicó Moliere, segun vd. me ha contado, seguimos casi los mismos pasos, porque tambien tenia vd. un tio, diamantista muy hábil que deseaba iniciarle en los secretos de su arte. Mientras pensaba el viejo lapidario ocupar á su sobrino en montar esmeraldas y rubies, este abandonaba á Pluto por Apolo, hacia sus primeros ensayos en la poesia y con tan feliz acierto, que la academia española premiaba su composicion titulada: *La toma de Granada*, de que era autor incógnito. Redoblando su ardor entonces, publicó su *Leccion poética*, que le valió otro segundo lauro.

—En seguida, prosiguió Moratin, comenzó tambien su carrera de autor; con su compañía recorrió diversos cuarteles de París, viajó por las provincias y estrenó su ingenio con una composicion trágica que naufragó: á esta siguieron otras de distinto género, tales como: *los Doctores rivales* y *el Maestro de escuela*, pero todas ligeras, improvisadas en su mayor parte, hasta que en Lyon se presentó el *Etourdi*, pieza ya de mérito y de estudio. Tenia entonces treinta y un años. Se habia aprovechado de las lecciones de su sábio preceptor Gassendi y ya obedecia á su propia inspiracion. Moliere ya era autor.

—Como en los míos Gassendi, tambien el docto maestro Jovellanos, influyó con sus consejos en los destinos de vd., replicó Moliere, y le predijo fortuna literaria. Y tambien como yo, vd. viajó, solo que en mas estensa latitud y con un bonito empleo: vino vd. á París en calidad de secretario del conde de Cabarrús.

—Si, y no dejó de serme el viage de provecho, no obstante que los acontecimientos de la revolucion, me hicieron antes que yo quisiera, regresar á Madrid y abandonar á mi protector; entonces me grangé la amistad del muy sábio ministro Florida Blanca. Usted creo que tambien se vió solicitado para el empleo de secretario por el príncipe de Conti?

—Si, pero rehusé por amor á mi profesion y á mi independencia.

—Válganos Dios! Por amor á una profesion, dijo Moratin, que sin embargo dejaba un vacío en su alma, segun vd. mismo me tiene dicho.

—Si, porque aparte de mis disensiones domésticas que no me dejaban pocos, y que estaban enla-

zadas con mi posicion, no era completamente feliz, porque las lisonjas y el favor todavia no son bastantes á conquistar cierto grado de consideracion á que el hombre aspira y ambiciona: el comediante eclipsaba al poeta; y sin embargo de conocerlo, no me era posible abandonar la escena.

—Es cierto, añadió Moratin; todos celebrarían las gracias de sus producciones de vd.; pero la posteridad lo apreció mas que sus contemporáneos. Esto no obstante de que también alcanzó vd. los reales favores de Luis XIV, que en algo compensarían los desdenes de los necios. Fué vd. ayuda de cámara del rey, y este fué también padrino con la duquesa de Orleans, del primer hijo que tuvo vd., consagrando así con su manto flordelisado, el enlace del comediante; y cuanto en otra ocasión le sentó á vd. á su mesa, dijo delante de todos y en alta voz sirviéndole la pechuga de un ave: «*Vedme entretenido en servir yo mismo á Moliere, al hombre que mis cortesanos se desdennan saludar.*»

—Es verdad; aquella vez la reparacion sobrepusó á los agravios; pero sin embargo, nunca la proteccion de que yo disfruté fué tan considerada y constante como la que le concedió á vd. Florinda Blanca, que le asignó una pension sobre el arzobispado de Burgos, y la del príncipe de la Paz, cuya poderosa influencia sofocó el clamoroso de monges ignorantes que tan cruel censura impusieron á la bellisima comedia titulada: *El viejo y la niña*.

—Si, amigo Moratin, vd. no dude que á pesar de mis triunfos como autor, era cómico al mismo tiempo *del ilustre teatro*, y en mi época la consideracion de estos era muy ambigua, y siempre será en el mundo incompleta.

—Es cierto y no sé porqué; el buen cómico, el actor que á fuerza de estudio consigue conmover nuestra alma con los acentos de su voz, es ya un artista y merece las consideraciones de tal. Además que su constante aplicacion de vd. en el arte dramático y escénico, desde que apareció *el Ato-londrado ó Calavera*, fué en aumento, produciendo mil composiciones, algunas felices imitaciones de los autores latinos, españoles é italianos, y otras puramente originales; tales son entre muchas: *el Matrimonio por fuerza; el Pedante burlado; el Médico por fuerza; las Ridículas presumidas y el Enfermo de aprension*.

—Es cierto, pero yo estoy muy lejos de concederles el mérito y la importancia que vd. las dá.

—Eso es muy natural, replicó Moratin; sin embargo de que yo las estudié mucho y contribuyeron en gran manera á formar mi gusto.

—Yo soy dijo Moliere el que debo admirar las de vd; *el Viejo y la niña; el Baron; el Médico á palos; la Comedia nueva ó el Café y el Si de las niñas*, son entre otras, segun he leído, bastante cada una para inmortalizar el nombre de su autor.

—No tanto; pues que aun no trabajé tan infati-

gablemente como vd., que pasó quince años apesar de su fluxion de pecho, desempeñando á un tiempo mismo las obligaciones de director de escena, empresario, cómico y autor.

—Y bien que despues me ha pesado; pues tanto trabajar me acarreó á los cincuenta y un años la muerte, que puede decirse me sorprendió en las tablas del escenario.

—Si, tengo entendido que ocurrió diez horas despues de terminar la representacion de *el Enfermo de aprension*, en cuya pieza era vd. protagonista.

—Así fué; mi último suspiro lo lancé en brazos de dos hermanas de la caridad, que habían venido para asistirme, de dos amigos y de mi muger, con quien hacia pocos meses me había reunido despues de una larga separacion.

Pero ahora recuerdo que cuando me contó vd. su historia literaria, no hizo mencion, ni yo me acordé de preguntar, con que motivo estaba vd. en París cuando falleció y á que feliz circunstancia hemos de agradecer la dicha de tener en nuestra compañía á tan ilustre cuanto moderno escritor.

—La circunstancia para mí no fué de las mas felices, pues fué una enfermedad que me arrebató la vida en el año de 1828, á los sesenta y ocho de mi edad; pero yo estaba en París emigrado. Cuando Napoleon Bonaparte quiso imponer á mi patria un monarca de su dinastía, se escitó al pronto mi indignacion, pero despues considerando las cosas con mas calma, me pareció distinguir en aquel cambio político un porvenir de prosperidad y de gloria; y no me fué posible prever cuanta resistencia era capaz de oponer al conquistador de Europa el espíritu de una guerra nacional y de independencia. Para mí el guerrero del siglo era el hombre del destino y su espada el cetro del mundo. Yo no ví entonces en la marcha de los acontecimientos mas que una grande epopeya cuyas brillantes ilusiones ocultaron un instante á mis ojos las realidades de la historia. Me adherí al partido de los franceses y cuando su dominacion en España terminó, tuve que buscar un asilo en París y renunciar á mis honores de consejero y á mi empleo de bibliotecario mayor de la real de Madrid.

—Eso seria á vd. bien sensible; pero una conviccion errada en política nada tiene que ver con la reputacion literaria.

—Ciertamente; pero los contemporáneos envidian, y lo mas que hacen es contemplar á los hombres eminentes; la posteridad los juzga.

—Sin embargo, el teatro español le es á vd. deudor de su reforma. Lope de Vega con su inagotable fecundidad había inundado la escena de composiciones poco meditadas.

—Es verdad; mas para que aprecien las obras de los hombres, es necesario que pase mas tiempo; hace muy poco que he muerto y aun vd. mismo ha necesitado ciento sesenta y seis años de eternidad, para que le consagre un recuerdo la Francia.

—Si, un recuerdo de que todos los que vienen

me hablan, y que encerrado en esta cárcel no he podido contemplar.

—Con qué no lo ha visto vd? pues yo le haré la esplicacion; interrumpió el español que antes mi ánimo me dijo que era tonto y calificó de pedante:

—Pues mire vd. es una fuente, de agua por de contado, situada en la calle de Richelieu frente á la casa en que vd. murió, no lejos de la que nació, de las que habitó durante su vida y del teatro en que recogió sus laureles: allí está vd. sentado, ó mas bien su imagen, de tamaño un poco mayor que el natural, es vd. de bronce, y parece que medita alguna cosa buena. Mas debajo hay dos estatuas que representan los dos géneros de la comedia; el cómico y el dramático. Yo la ví el año de 1839 cuando se estrenó.

—Y que el mundo rinda á los hombres su homenaje despues de muertos! exclamó Moliere.

Entre tanto yo que estaba admirado de verme considerando aquella ilustre asamblea, eché mano á mi cartera donde tenia diversos borriones sacados por mí de algunos monumentos de París y entre ellos estaba el de la fuente de Moliere. Lo hallé en efecto, y envolviéndolo en una piedra lo arrojé al grupo y vino á caer á los pies del que habia hecho la descripcion: éste cogiendo aquella pelotilla como distraido, comenzó á desenvolverla, á tiempo que Moliere decia:

—Qué no diera por verlo!

—Este es, que diantre; hélo aquí.

Arrebátale el papel de las manos y mirándolo ansiosamente, lanzó un grito y exclamó con orgullo y satisfaccion:

—Ah! es magnifico! La posteridad es agradecida; la posteridad me hizo justicia!

Otra mirada mas lánguida se fijaba al mismo tiempo sobre aquel pedazo de papel. Era la de Moratin; que hablando consigo mismo decia:

—Sepultado en pais extraño, casi de favor, no merezco de mi patria ni aun el que su tierra me cubra, y que cuando polvo sea, con el de España me confundan. La posteridad hace justicia, cuándo me la hará á mí? cuándo habrá un español...

—Oh! aquí estoy yo... aquí hay uno, señor Moratin, uno que vive Dios! volveré á mi patria yo iré, hablaré, diré á todo el mundo, los acusaré de ingratos y....

En este momento desperté, sin duda á impulsos de los esfuerzos que hacia para gritar; pero cuando me hallé en mi cama y de ello adquirí seguridad, exclamé para mis adentros sonriendo:

—Pobre de mí! que habia de hacer yo!

TORRE DE SOUMBKA EN KASEN.

Toula, Nigny, Smolensk, y Kieff tienen como Moscou su *kremlin*, lo mismo que Kazan y Astrakan, los monumentos que contienen indican por sí

solos la victoria ó la derrota. La Rusia no tiene necesidad de escribir su historia, pues se encuentra escrita con caracteres indelebles en cada uno de sus *kremelines*: al llegar á una grande ciudad rusa, el primer objeto que hiere nuestras miradas, es siempre una torre gigantesca, ó una inmensa columna, cuya altura se pierde de vista. Si nos aproximamos á examinarla con atencion, si buscamos su origen, estudiamos su carácter y estilo, y observamos los emblemas que adornan á tales monumentos, en ellos hallaremos la historia de la ciudad, su destino, sus grandezas y sus desastres. En Moscou, la soberbia torre de *Ivan Velikii*, es un testimonio del poder moscovita. Ese mapamundi de oro que se ve en su cima, que sostiene una cruz tambien de oro, parece la imagen del mismo imperio. Kazan tambien tiene en su *kremlin* su *Ivan Velikii*. La torre llamada de Soumbeka es el monumento mas antiguo de la ciudad tal cual existe en el dia; es el único eslabon que une la historia del Kazan tártaro con el Kazan ruso, y á su pie se reunen todos los recuerdos mas memorables de la comarca. Refiérense á esta torre varias leyendas: unas hacen subir su origen á despues de la toma definitiva de Kazan por Ivan IV, en 1552, y añaden que el monarca la hizo edificar con los despojos de los metchebs, en accion de gracias por su victoria, y como un insulto á los vencidos; otros pretenden que son los restos de los soberanos tártaros; y otros los toman por una mezquita que mandó edificar la hermosa cuando célebre Soumbeka, para enterrar en ella á su esposo, añadiendo que allí mismo al lado del sepulcro fueron á buscarla los de Kazan para entregarla á los rusos. Esta última leyenda es allí la mas popular; la que ha dado nombre á la torre y que en mi opinion es mas verosímil. Sin embargo estoy lejos de admitirla en todas sus partes, pues no puedo convenir en que ese monumento haya sido á la vez mezquita y panteon. Hay en Oriente una costumbre en que no se conoce escepcion, y es que á nadie puede enterrarse en una mezquita, y ningun ejemplo en contrario hallamos en la historia. Creo, pues, que la torre de que se trata fué solo un monumento tumulario, siendo mezquita el edificio que de ella depende, que evidentemente pertenece al mismo estilo y á la misma época, y cuya forma es en efecto la de mezquita. El templo que mandó edificar Juan IV despues de la toma de Kazan, y que se halla no muy lejos, ninguna semejanza ni relacion tiene con la mezquita ni la torre, por cuyo motivo queda destruida la opinion que la atribuye á este soberano. La torre de Soumbeka está construida toda ella de ladrillos y con una perfeccion verdaderamente romana; es cuadrada, tiene varios pisos, y su cúspide ó flecha es muy esbelta y elegante y se eleva con magestad á una grande altura. En su género es la torre mas alta que se conoce. Al entrar en ella nos hallamos debajo de una magnífica bóveda, en cuyo extremo y á unos cinco ó seis pies del suelo se ven cuatro aber-

turas ó puertas arqueadas que dan á otras tantas escaleras, y por ellas se sube á los pisos superiores de la torre. Lo mismo esta que la mezquita adjunta se hallan del todo abandonadas, y á pesar de esto hasta ahora el tiempo las ha deteriorado muy poco. Las yerbas y malezas las cubren en todos sus puntos, pero el antiguo cimiento que se empleó en su construccion se resiste admirablemente

al abandono del vencedor y á la accion destructora de los siglos; de suerte que por muchos años serán, asi la torre como la mezquita, el mejor adorno de Kazan. Esta torre lleva en su cúspide el destino de aquella ciudad; pues hay en ella un globo de oro macizo, segun dicen, aplastado por las garras de un águila de dos cabezas: esto es, el imperio tártaro sometido al imperio ruso.



Torre de Soumbeka.

ARISTÓFANES.

Aristófanes, ateniense, uno de los poetas cómicos mas célebres de la Grecia, hizo frecuentemente resonar el teatro de Atenas con los aplausos que se dieron á sus comedias. El premio con que le agració aquella república por los dardos que en sus picantes sátiras, habia dirigido contra los que á la sazón estaban al frente del gobierno, fué una sencilla aunque magnífica corona de olivo sagrado. En efecto, fué tan ingenioso, que sus delicadas sales no solo divertían al pueblo, sino que causaban el mayor placer á los grandes y poderosos.

Cuéntase que disputándole un día su cualidad de ciudadano de Atenas, recurrió para acallar la discusion á unos versos de Homero, que podrian traducirse al castellano del modo siguiente:

Hijo de Filipo soy
según afirma mi madre,
lo que es á mí no me consta,
¿quién sabe quien es su padre?

Contra los que empleó especialmente su mordacidad, fué contra Sócrates y Eurípides. En una comedia que compuso contra el primero, no omitió cosa alguna para ridiculizarle y aun para presentarle bajo un aspecto odioso, burlándose de que el oráculo de Delfos le habia llamado el hombre mas sábio de la Grecia: el sistema de Sócrates de atacar á todas las sectas y el propósito de no seguir los dogmas de ninguna; la oposicion á todo lo que era moda, placeres y diversiones; sus continuas riñas por la economía doméstica: todo, en fin, hasta su nacimiento y profesion proporcionaron armas al poeta para herir al gran filósofo.

Puso á su comedia el título de *Las Nubes*. En ella supone que Estrepsiades habiendo vuelto á la ciudad para fijar en ella su residencia despues de haber pasado gran parte de su vida en el campo, se vió acosado por los acreedores, de los cuales quiso aprender á librarse, en la escuela de Sócrates, pero que siendo ya de avanzada edad puso en ella á su hijo.

El jóven aprovecha de tal manera las lecciones de su profesor, que empieza á maltratar á su padre, queriendo probar despues con elocuencia que aquello estaba muy bien hecho. Esta accion conduce al desenlace de la comedia que finaliza con el incendio de la escuela de Sócrates. El personaje que representa á este filósofo es á la verdad, digno de la composicion. Vésele hinchado de vanidad, cantando sus propias alabanzas, repitiendo continuamente que está iniciado en los mas profundos secretos de la naturaleza, que es un enviado del cielo para iluminar al mundo, que la juventud estudiosa debia unirse á él para instruirse, y que tenia un método particular al cual iban siempre unidos la gloria y la felicidad de las generaciones futuras. Despues de elevarse á sí mismo al grado mas alto de saber y suficiencia, dirige sus tiros contra los

hombres y los dioses. De modo que puede decirse que Aristófanes al presentar á Sócrates como despreciable á los ojos del populacho, preparó á la larga el decreto que los corrompidos jueces espidieron contra el hombre mas virtuoso y justo de la Grecia. Compuso el célebre poeta, cincuenta y cuatro comedias, de las cuales solo han llegado once á nuestros dias. Es de notar en ellas, aquella elegancia, aquella delicadeza, aquel ligero chiste y aquel estilo puro que caracterizan la sal ática.— En el dia causan poca admiracion, porque lo remoto de la época y el escaso conocimiento de las costumbres antiguas, no permiten conocer cual fué la principal idea del autor, ni la fuerza y la gracia con que están escritas.

Lo que distingue á Aristófanes entre todos los poetas cómicos griegos es sin duda su talento para motejar. Tenia el don de escoger con facilidad los verdaderos objetos ridículos, y los expresaba con fuego. Es verdad, sin embargo, que sus comedias solo eran por lo regular unas sátiras atroces, en que no respetaba ni á los poderosos ni á los dioses, y á las que eternamente se vituperará de haber hecho condenar á Sócrates á beber la cicuta. Sus agudezas degeneraban tambien á veces en bufonerías y obscenidades. Plutarco, que seguramente podia juzgar á Aristófanes con acierto, le considera inferior á Menandro. Por los años de 1710 publicó Ludolfo Huster una magnífica edicion en folio de las comedias de Aristófanes en lenguas griega y latina, que se imprimió en Amsterdam con notas eruditas y que en 1760 reimprimió Pedro Burman en Leiden en dos tomos en 4.º *cum notis variorum*. Estas once comedias son: *el Pluton*; *los Pájaros*, ambas contra los dioses y diosas; *las Nubes*, contra Sócrates; *las Ranas*; *los Caballeros*; *los Arcanianos*; *las Abispas*; *la Paz*; *las Arengadoras*; *las Mujeres en senado* y *Lisistrato*. *El Pluton* y *las Nubes*, están traducidas al francés por madama Dacier; y *los Pájaros* por Boivin menor; tambien Poinsonet en Sivry, ha traducido en dicha lengua el *Teatro* de Aristófanes, parte en prosa y parte en verso, edicion de Paris en 1784, 4 tomos en octavo.

ANUNCIO.

ESPAÑA GEOGRAFICA.

HISTÓRICA ESTADISTICA Y PINTORESCA.

Concluida ya la impresion de esta obra se está encuadernando para repartirla inmediatamente á los suscritores de Madrid y provincia. Consta de 62 pliegos de impresion en 4.º mayor, que hacen 992 páginas de impresion de lujo con multitud de grabados originales y ademas las láminas tiradas aparte del testo, y el mapa de España por Lopez rectificado según la nueva division territorial.

Repartida la última entrega quedará cerrada la suscripcion y no se venderá cada ejemplar menos de 30 rs. en Madrid y el aumento correspondiente en provincia.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO.